raleza delicada, casi siempre enfermo y sin nada del ingenio de Agustín, pero con mucho de la piedad contemplativa de su madre, pasaba la vida en el silencio y la oración.

Hallábase allí también Alipio, á quien nuestros lectores conocen ya. No era pariente de Agustín, pero sí el más íntimo de sus amigos y el hermano de su corazón, según dicho del mismo Santo. Participando de iguales inquietudes y turbado por errores idénticos á los de Agustín, aunque no esclavo de las mismas pasiones, acababa de ser iluminado por igual golpe de luz, en el mismo lugar y en el mismo instante que su amigo; así que no había querido separarse de él. Juntos se preparaban al santo bautismo, y la Iglesia debía verlos ún día Obispos, consagrándole ambos si no el mismo genio, al menos igual amor.

Había también llevado Agustín otros dos jóvenes de corta edad que no eran amigos, pero sí discípulos á quienes amaba como padre, y cuya educación dirigía con tierna solicitud: llamábanse Licencio y Trigencio.

Tenía Trigencio veinte años, era de elevado espíritu y aficionado al estudio, profesando grande amor á cuanto juzgaba noble, delicado y sublime. En un principio había pensado seguir la carrera de las armas, pero disgustado de la dureza y vulgaridad que en ella observaba, tornóse á su antiguo gusto por las bellas letras, y especialmente á la Historia, que cultivaba con el ardor de un veterano (1). La alegría y vivacidad de su carácter agradaban á Agustín, quien veía con singular placer cómo se preparaba á recibir el santo bautismo.



Licencio, de carácter tan fogoso que nadie podía contener, le inquietaba más. Estaba loco por la Poesía, se inmutaba oyendo una acción grande, y hacía versos hasta en la mesa. Cantaba con expresión extraordinaria los coros de Sófocles, y leía á Virgilio hondamente conmovido; pero las cuestiones de Filosofía le interesaban poco, y menos aún las de religión (2). Estas tendencias atormentaban tanto más á Agustín, cuanto que Licencio era hijo de Romaniano, y se le había confiado desde muy niño. Podría decirse con San Paulino, que le había llevado en su

(1) «Illum enim adolescentem, quasi ad detergendum fastidium disciplinarum aliquantum sibi usurpasset militia, ita nobis magnarum honestarumque artium ardentissimum edacissimumque restituit... Qui tamquam veteranus adamavit historiam.» (*Contra Acad.*, lib. I, p. 424; *De Ordine*, lib. I, p. 533.)

(2) «Licentius admirabiliter poeticæ deditum.» (*De Ordine*, p. 533). «Excogitandis versibus inhiantem, nam de medio pene prandio clam surrexerat, nihilque biberat... In illis græcis tragædiis verba, quæ non intelligis, cantes.» (*Contra Acad.*, p. 463.)

seno, y que procuraba ser su padre, su madre y hasta su nodriza, á la vez que su maestro. En lo mucho que Agustín se desvelaba por este joven, veíase su deseo de pagar una deuda de reconocimiento; y para devolver al hijo lo que él recibiera del padre, no había sacrificio que no se impusiese, ansiando hacerle hombre distinguido y perfecto cristiano. Lo primero estaba ya hecho, y para lo segundo era preciso esperar algún tiempo todavía.

Los dichos, más dos primos de Agustín, llamados Lastidiano y Rústico (de los cuales nada sabemos), componían el grupo de jóvenes que acompañaban á Santa Mónica y su hijo, cuando llegaron á Casiaco.

Dos amigos faltaban, y por desgracia habían de faltar siempre: Nebridio y Verecundo.

Nebridio, en quien nos ocupamos ya, lo había abandonado todo, padre, madre y patria, por seguir á Agustín y oir sus lecciones, deseando hallar la verdad y suspirando por ella, no obstante profesar sistemas anticristianos: dulce, modesto, huyendo del mundo y del bullicio, buscando el retiro para dedicar más tiempo á las graves cuestiones que le ocupaban, y avanzando hacia la luz por el mismo camino que Agustín, debía ocupar un puesto en el retiro de Casiaco. Todos, y Agustín más que nadie, le echaban allí de



menos; pero si su cuerpo estaba ausente, su espíritu y corazón estaba en medio de ellos. Escribía sin cesar presentando cuestiones sobre las más culminantes verdades; y era tal su empeño de obtener pronta respuesta, que Agustín se veía precisado á rogarle no le apremiara. Por lo demás, Nebridio iba á recibir ya el bautismo con sus amigos, y desde la fuente regeneradora, que le inflamó en amor cual á un apóstol, pasó al seno de Abrahám, muriendo poco después lleno de fe y de piedad. «Sea lo que quiera esto que llaman seno de Abrahám, decía elocuentemente San Agustín, allí es donde él vive, mi Nebridio, mi dulce amigo; porque ¿correspondía otro lugar á un alma como la suya? Sí, él vive en la morada de los bienaventurados, sobre la cual solía preguntarme muchas cosas, teniendo yo poca luz para instruirle! Ya no aplica sus oídos á mi boca para escuchar, sino que, como eternamente bienaventurado, pone la boca de su alma á la fuente inagotable de la vida, que sois Vos, ¡oh Dios mío! y bebe cuanto quiere y cuanto puede de vuestra infinita sabiduría. Sin embargo, no temo que se embriague hasta olvidarse de mí, porque él os bebe á Vos, ¡Dios mío! á Vos que os acordáis de mí siempre (1)!»

(1) «Quidquid illud est quod illo significatur sinu, ibi Nebridius meus vivit, dulcis amicus meus, tuus autem,

Verecundo, que había puesto su quinta de Casiaco á disposición de Santa Mónica, y era afable, honesto y de elevado espíritu, se había casado con una mujer cristiana, vacilando, sin saber por qué, en hacerse cristiano; pero bautizado poco después, murió adorando al Dios á quien merecía conocer. «Vos tuvisteis piedad no solamente de »él, dice San Agustín, sino también de nosotros; »pues habría sido para el corazón de todos dolor »insufrible no poder contar á tal amigo en el »número de vuestros elegidos. Sí, Dios mío, Vos »disteis á Verecundo por pago de su hospitalidad »en Casiaco, donde gustamos tan feliz reposo des»pués de ardorosas inquietudes, Vos le disteis »la amena y eterna primavera de vuestro pa»raíso (1).»

---

Domine, adoptivus ex liberto filius, ibi vivit, nam quis alius tali animæ locus? ibi vivit, unde me multa interrogabat homuntionem inexpertum. Jam non ponit aurem ad os meum, sed spirituale os ad fontem tuum, et bibit quantum potest sapientiam pro aviditate sua, sine fine felix. Nec sic eum arbitror inebriari ex ea, ut obliviscatur mei, cum tu, Domine, quem potat ille, nostri sis memor.» (*Confes.*, lib. IX, cap, III.)

(1) «Misertus et non solum ejus, sed nostri; ne cogitantes erga nos amici humanitatem, nec eum in grege tuo numerantes, dolore intolerabili cruciaremur... Redde Verecundo, pro rure illo ejus Cassiaco, ubi ab æstu sæculi requievimus in te, amænitatem sempiternè virentis paradisi tui.» (*Confes.*, lib. IX, cap. III.)



Tal era Casiaco, el sitio antes descrito: la paz que allí se disfrutaba, lo delicioso del otoño, una reunión de amigos tan conformes en ideas, y la marcada consonancia de cuanto en este lugar había, con las disposiciones, tendencias y aspiraciones de Agustín, sólo ocurrió á una madre el prepararlo, para que fuese cuna de su hijo al renacer á la gracia. Mónica había adivinado con su corazón de madre la conveniencia de esta soledad, é iba á iluminarla ahora con la fe, la elevación, la ternura y el ardoroso amor de su corazón de Santa.

Pero el amor que tenía á su hijo, se reflejaba también sobre los amigos de Agustín, almas tiernas, atormentadas é inquietas, pero muy bellas; en las cuales, con el profundo instinto de la santidad, Mónica descubría ya buenos cristianos, futuros sacerdotes, obispos acaso, doctores y apóstoles también. «Por eso, dice muy bien »San Agustín, nos cuidaba á todos como si fué»semos hijos suyos; y servía á cada uno como »si fuese su padre (1).» Mas los cuidados y consideraciones no la impedían dar á estos jóvenes la dirección que de ella esperaban, y que su edad, su santidad y su título de madre y abuela, de

---

(1) «Ita curam gessit, quasi omnes genuisset; ita servivit, quasi ab omnibus genita fuisset.» (*Confes.*, lib. IX, cap. IX.)

parienta ó de venerable amiga, autorizaban plenamente. Advertíales con dulzura, reprendíales con gravedad, y con una palabra ó solo una mirada conseguía Mónica que sus almas se elevaran á Dios. En resumen, todo su espíritu y genio, todo su corazón, toda su fe, todo el ardor de su celo y todas las inspiraciones de su caridad las empleaba secundando en ellos la acción de Dios. Era el apóstol de este pequeño cenáculo.

Antes de abandonar á Milán, había tenido buen cuidado de avisar al santo Obispo el cambio maravilloso obrado en Agustín, y de pedirle consejo sobre el modo de prepararse éste á recibir el bautismo. Ambrosio, además de la soledad y de la oración, recomendóle la meditación de las Santas Escrituras, indicando en particular al profeta Isaías. Pensaba sin duda, que la incomparable grandeza de sus pinturas, heriría el espíritu y corazón de Agustín; á más de que, entre todos los Profetas, es quien ha hablado más claramente de la conversión de los pueblos á Jesucristo, y quien ha escrito en sus inspiradas páginas bellísimas palabras sobre la conveniente preparación para recibirle. Sólo que, mientras el Profeta dirigía á los pueblos exhortaciones como ésta «levantáos, convertíos, enderezad vuestros caminos!», él escuchaba otras que arrastaban su alma, y arrastrarán la de todos á las profundidades de los misterios eternos. Agustín, pues, empezó esta lectura; pero detenido en las primeras páginas por dificultades que deseaba resolver, viendo que de ese modo la lectura iba á convertirse en estudio, cerró á Isaías y abrió en su lugar el libro de los Salmos, probablemente por indicación de su madre, satisfaciendo así la necesidad que sentía de orar y de llorar.



David en efecto, es la voz de la oración, y con especialidad de la oración penitente. Diríase que le había creado el Señor á fin de que no hubiera tristeza, peligro, ni pesar, dolor ó deseo que no haya tenido él, y de este modo nos suministrase cantos y lágrimas para las diversas situaciones de la vida. David nace en una cabaña, y muere siendo rey: guarda ovejas y carneros en el valle de Belén, y más tarde manda como general en los campos de batalla; llueven sobre él las glorias y las prosperidades, la poesía, la religión, la amistad y la victoria le ensalzan á porfía; y luego es vendido, perseguido, vencido, condenado al destierro y obligado á huir de su hijo, que perece ignominiosamente sin que le pueda salvar. ¡Alternativas de la buena y mala fortuna, que se le disputan y colocan sucesivamente en circunstancias extremas! Pero todo esto es solo parte de su vida: bendecido por Dios en la cuna, pasa desde una infancia y juventud san-

tas, á una edad madura más santa todavía; inundado de luz profética y saludando al Mesías en arranques del más vivo amor, cae veloz de tan elevadas cimas, y se hace adúltero, pérfido y homicida. Mas en el fondo de este abismo, no desespera ni de sí ni de la bondad de Dios: levanta hacia el cielo sus ojos llenos de lágrimas, y apoyado en el arrepentimiento, se remonta hasta una altura á que jamás había llegado. Entretanto corren sin cesar las lágrimas, y lleno de dolor, de reconocimiento y amor divino, entona al compás de su arpa cánticos nada inferiores á los de la ley de gracia, y cuyos ecos resonarán siempre en el fondo de las almas. ¿Cómo no había de encontrar allí Agustín el bálsamo de que tanto necesitaba? Las situaciones se parecían como las almas, así que, apenas abrió el libro de los Salmos, cuando los afectos de su corazón salieron de madre y se desbordaron.

«¡Qué gritos os daba yo, Señor, dice Agus»tín, cuando novicio todavía en vuestro amor, »leía los salmos de David, esos cánticos anima»dos de fe tan humilde y tan viva! ¡Qué voces »daba, Dios mío, y cómo su lectura me inflamaba »en vuestro amor y en vivísimos deseos de irle pu»blicando por todo el mundo, si me fuera posible, »en presencia del orgullo y la soberbia del gé»nero humano! Yo me horrorizaba ante vuestra



»justicia, pero me entusiasmaba ante vuestra »misericordia, ¡oh Padre mío! y cuando leía »aquellas palabras del Espíritu Santo: *Hijos de »los hombres, ¿hasta cuándo habéis de tener »el corazón endurecido? ¿Para qué amáis la »vanidad y buscáis la mentira?* ¡Ah! qué pro»funda emoción sentía yo, que tanto había ama»do la vanidad y buscado la mentira, siendo por »tanto de los aquí reprendidos.»

En los mismos salmos leía esto, «airaos, mas »no pequéis.» ¡Y cuánto me conmovía, Dios mío, »habiendo aprendido ya á enojarme contra mí »por los pasados desórdenes, y estando resuelto »á no pecar en adelante! A la verdad era justo »airarme, porque allá en lo más secreto del alma »y profundamente conmovido, os había sacrifi»cado mi antigua corrupción; y Vos, ¡Dios mío! »habíais comenzado á ser benigno, y á inundar»me de tanto gozo, que cada palabra leída tras»pasaba mi alma, arrancándome un grito de »dolor.

»¡Oh! y ¡cómo regaba con mis lágrimas el »siguiente versículo: *Yo estaré en paz, yo es»taré en paz cuando descanse en Dios!* ¡Oh! »¡Bienaventuradas palabras: *En esta paz y des»canso dormiré, y gozaré de un sueño delicioso!* »Sí, Dios mío, porque Vos sois el Fuerte que no »cambia jamás, y en Vos se halla el reposo y el

»olvido de las penas. Tal es la base de mi inque-»brantable esperanza.

»Estas cosas leía en aquel salmo, y leyéndo-»las me enardecía; pero no hallaba medio de ha-»cerme entender de los herejes, á cuya pestífera »secta había yo pertenecido, cuando lleno de »acrimonia y ceguedad, gritaba contra las Sa-»gradas Escrituras que tienen dulzura semejan-»te á la de preciosísima miel, y luz tan viva »que es comparable sólo á la vuestra: por eso »el dolor me consumía al pensar en los enemi-»gos de esos libros divinos. ¿Cómo ¡Dios mío! »podré yo describir los sentimientos experimen-»tados en tan felices días (1)?»

Mientras Agustín prolongaba estas fervorosas lecturas, entregado á los trasportes de su nueva fe, Mónica permanecía llena de gozo al lado de su hijo. No sólo no le dejaba un momento, sino que le indicaba los salmos más convenientes y los leía con él. «Alipio, dice San »Agustín, y mi madre que no sabían separarse, »leían conmigo.» Ella, que en amar era superior al hijo, hasta explicaba los salmos; y, madre segunda vez, le descubría entusiasmada ese mundo luminoso, en que él apenas había entrado, y que recorría á tientas todavía. «Yo era novicio

(1) *Confes.*, lib. IX, cap. VI.



»en vuestro amor, ¡Dios mío!, continúa Agustín, »y Alipio, mi amigo, era novicio y simple cate-»cúmeno; mas no así mi madre, que llevaba en »débil cuerpo de mujer la robusta fe de un hom-»bre, la luz serena de un anciano, la ternura de »una madre y el fervor de una cristiana (1).»

Por muy ocupado que estuviera en prepararse á la recepción del santo bautismo, no por eso olvidaba los estudios filosóficos. Después de emplear la mañana en la lectura meditada de los salmos, bien solo ó bien en compañía de su madre y Alipio, al rededor del medio día juntaba á sus amigos. Si el cielo estaba sereno y convidaba al paseo, iban á sentarse bajo un árbol en medio de la pradera (2). Si por el contrario estaba el tiempo lluvioso ó frío, refugiábanse en una sala de baños, cuya templada atmósfera venía bien al fatigado pecho de Agustín (3). En uno ú en otro sitio pasaban largas horas, en agradables á la par que serias conferencias sobre filosofía y

(1) «Rudis in germano amore tuo, catechumenus in villa cum catechumeno Alypio feriatus, matre adhærente nobis, muliebri habitu, virili fide, anili securitate, materna charitate, christiana pietate.» (*Confes.*, lib. IX, cap. IV.)

(2) «Nosotros salimos, dice Agustín, con un día tan claro y sereno, que de veras parecía hecho para purificar é iluminar nuestras almas.»

(3) *Contra Acad.*, lib. III, cap. IV.

bellas letras. Unas veces se leía á Virgilio, en cuyos libros tanto había gozado y continuaba gozando Agustín (1): otras, un tratado de Cicerón, particularmente el *Hortensio*, que hojeaba siempre con respeto, y sin olvidar jamás lo mucho que le debía (2); pero lo general era tratar de las cuestiones fundamentales de filosofía, por ejemplo, del orden con que, como signo divino, ha marcado Dios todas la cosas *(De Ordine)*; de la felicidad, y en qué consiste ésta *(De Beata Vita)*: de la necesidad que tiene el alma de conocer la verdad, y de la imposibilidad en que se encuentra la filosofía de satisfacer por completo dicha necesidad *(Contra Manicheos)*, y, por último, de Dios y del alma; cuestiones que estudiaba el Santo por entonces, y que debía ilustrar con los esplendores de su genio.

Llámase á San Agustín el Platón cristiano, y efectivamente lo fué en Casiaco. Más tarde será obispo, controversista, doctor; escribirá contra los donatistas y contra los pelagianos, y, por último, llegará á cernerse cual águila en las alturas del dogma cristiano; pero al presente, demasiado joven todavía, no se atreve á tocar el arca, y se limita á abordar las interesantes cuestiones de Dios y del alma que Platón sólo había entrevisto, y que Agustín contempla en todo su esplendor. Son dos hermanos, pero de edad desigual: Platón, en la aurora de la vida, en su dulce y poética primavera, tiene más flores que frutos, presiente más que posee, vislumbra un ideal sublime y rebosa de entusiasmo; pero no llega nunca adonde aspira. Busca el camino, le ve, le describe; pero no acierta á entrar en él, y muere sin que den fruto las abundantes flores que había ostentado en su juventud. Agustín, después de crueles luchas y años enteros de trabajo y esfuerzo, entra resueltamente en el camino trazado por Platón. «Para conocer á »Dios es necesario purificarse, curarse, olvidar »las cosas del mundo, y romper los lazos con »que nos aprisionan el amor á los placeres y el »deseo de riquezas.» Agustín en vista de esto se purifica, y hace trizas todos los lazos. Platón había dicho: «Filosofar es aprender á morir», y también: «¿Qué es necesario para ver á Dios? ser »puro y morir.» Agustín aplaude este arte sublime, y como le hubiese practicado ya en Casiaco, la luz, cual río sin diques, inunda la gran-

(1) «Dies pene totus cum in rebus rusticis ordinandis, tum in recensione primi libri Virgilii peractus fuit.» (*Contra Acad.*, p. 432.) «Septem fere diebus à disputando fuimus otiosi, cum tres tantum libros Virgilii post primun recenseremus.» (*Ibid.*, p. 445.)

(2) «Præsertim cum *Hortensius* liber Ciceronis jam eos ex magna parte conciliasse philosophiæ videretur.» (*Contra Acad.*, p. 425.)